

Zapotlán en la literatura y la música: feria, gallo, fiesta y paisaje

Ricardo Miranda

Gracias a una indiscreción de Luz del Amo tuve la rara oportunidad de vivir un episodio que ahora creo necesario recordar. Un día de septiembre de 1994 me enteraba que a unos pasos de la embajada de México en Madrid, en una habitación del Hotel Suecia, Juan José Arreola descansaba, aburrido pero imposibilitado para salir y guardando fuerzas para esa noche cuando participaría en el homenaje a Borges (Jorge Luis, el de a de veras) que le había llevado hasta la ciudad de los madroños. Entonces, sin pensarlo demasiado, caminé hasta el hotel y encontré su habitación con la puerta abierta. Mi intención, sin embargo, no era la de platicar sobre literatura o ajedrez, sino la de preguntarle por su coterráneo ilustre, el compositor José Rolón.

Como era de esperarse, Arreola evocó brevemente algunos momentos en los que había conocido al músico y desde luego se refirió a Zapotlán —tierra natal de ambos— cuya historia y ambiente trazó de manera inmejorable en *La feria*. Hablamos de Jalisco y reímos sobre la incoherente historia del nombre de aquel lugar que por entonces era Ciudad Guzmán —en honor a un general protagonista de un efímero episodio de la Independencia—. En cierto momento de su cuasi monólogo, Arreola quiso evocar a Rolón al lado del otro gran hijo pródigo de aquellos lares. Rolón y Orozco —me dijo— tenían la misma mirada... fija y como perdida, profunda, de fuego, de fuerza y abstracción.

...

Campo de Zapotlán, mojado por la lluvia de junio, llanura lineal de surcos innumerables. Tierra de pan humilde y trabajo sencillo, tierra de hombres que giran la ronda anual de las estaciones, que repasan su vida como un libro de horas y que orientan sus designios en las fases cambiantes de la luna...¹

* Pianista y musicólogo

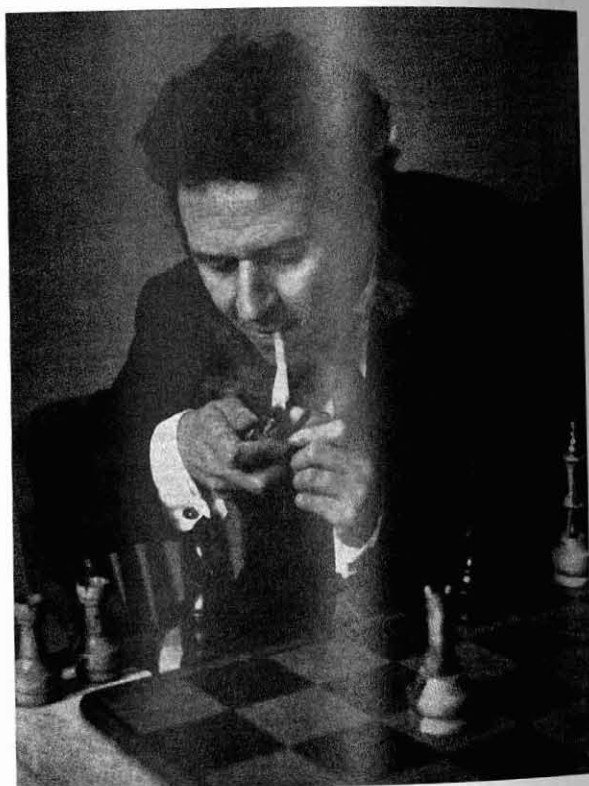


Foto: Berenice Kolko

Tierra pródiga, con el Nevado de Colima y su laguna de tules como escenario, apenas podrá encontrarse algún otro pueblo (¿el Jerez de Candelario Huízar y López Velarde?) que haya sido cuna de una nómina semejante. Pero lo que aquí nos ocupa es, precisamente, la evocación de Zapotlán que tanto Arreola como Rolón realizaron en su momento y que constituye, dentro de sus respectivos acervos, una obra clave y una llave singular que abre a quien lo desea las entrañas de un pueblo inolvidable, de un arca de sincretismo, historia, enjundia, pasión, embriaguez y fuerza. En *La feria* (1963) —única novela de Arreola— su autor plasmó, en palabras de Saúl Yurkievich, un “archipiélago narrativo” que representa la “compleja y móvil, la dispar y simultánea realidad de Zapotlán [...] un activo microcosmo de coexistencias disímiles y a la vez completivas”.² Al

seno de la novela, forma y sustancia obedecen a un mismo impulso que no es otro que la inscripción en el horizonte del arte de la tradición acumulada en un punto de la geografía real e imaginaria, fundidas de manera indisoluble tras el recuerdo y la evocación. En *La feria*, las historias de Zapotlán y sus personajes cohabitan y alimentan un discurso simultáneo, un mosaico polifónico de pensamientos y acciones que lo atraviesan por todas sus calles, las de los ricos, las de los pobres; las de la iglesia o las del comercio, las de los ranchos y las montañas. La cultura—vista desde Zapotlán—es definida como una partitura polivalente, donde todos y cada uno entonan su parte: indígenas, criollos, pirujas, rancheños, señoritas, jornaleros, clérigos, santurronas, funcionarios municipales, latifundistas, comerciantes, agricultores, *tlayacanques*, mayordomos, *primeros*, *obrajeros*, *gañanes*, *hijas de María*... un coro múltiple que, si acaso, coincide en el compás de octubre cuando Zapotlán celebra las fiestas del Señor San José.

Pero cuando se emprende la lectura simultánea del Zapotlán evocado por Arreola y por Rolón, la experiencia estética se torna extraordinaria. Porque pocas son las ocasiones en las que la mirada de dos artistas—disparos en cuanto a tiempo y medio—se detienen sobre un mismo punto, embelesados por lo que ven y escuchan. En raras oportunidades el recuerdo y la nostalgia sobre un objeto común alimenta dos procesos creativos que se rinden por igual ante un paisaje humano y natural que cautiva y que señala, por lo inmediato de su vivencia y por lo natural de su lenguaje (literario y musical), una fuente inequívoca de sentires y vivencias propios y cercanos. No todos vivimos en Zapotlán, quizá ni siquiera conozcamos los plácidos detalles de su paisaje, pero de alguna forma la lectura simultánea de aquella población hace a quienes la emprenden preferirlo entre todos los pueblos.

• • •

Cuando el tren acaba de subir la Cuesta de Sayula, un viento fresco y ligero llena los vagones. A mí me basta con sentirlo para preferir a Zapotlán

entre todos los pueblos que conozco. Y no es porque yo sea de aquí [...] Los fuereños también lo reconocen...

• • •

Menos conocida que *La feria* o que la prosa de Arreola, la música de Rolón está llena de sorpresas, de hallazgos por realizar y de valoraciones por emprender. Una nueva historia de la música mexicana quizá nos enseñe que no todo termina en sinfonías *indias* (¡vaya título tan peyorativo!) ni mariachis sinfónicos para gringos; en huapangos que amenizan campañas de vacunación ni en danzones que comienzan (¡ay!) a musicalizar *spots* gubernamentales. Hay, lamentablemente, mucho de nuestra música que permanece callada, un tanto inaccesible, pero precisamente por ello es que resulta necesario hablar y escribir sobre partituras cuyo silencio nada tiene que ver con su calidad y valor intrínsecos. Valga insistir: aunque buena parte de la mejor música mexicana se esconda y permanezca más bien en silencio, ello no guarda relación alguna con su valía ni trascendencia.

Comenzada en Guadalajara en 1926 y terminada en París tres años más tarde, la suite sinfónica de Rolón *Zapotlán* lleva por subtítulo "1895". La alusión es autobiográfica y remite a un año de la juventud del compositor, el año de su noviazgo con Mercedes, reina de las fiestas y su futura esposa, el de sus lances en las corridas del Toro de once—versión local de las *pamplonadas*—y el de otros episodios de nostalgia y añoranza. Escribió Rolón: "La evocación constante de mi pueblo y rancho jaliscienses me obliga a repetir lo propio y lo cercano en vez de lo lejano y lo ajeno".

Y, en efecto, el poema sinfónico, como la novela de Arreola, recurre al recuerdo, a la reconstrucción sonora de aquel pueblo que cobra vida en la partitura de Rolón de un modo particular y sumamente entrañable.

Dividida en tres movimientos, en dicha suite Rolón se adelantó a su coterráneo en la juxtaposición de distintas narrativas como principio formal de su obra. Sorprende pues, que para ambos artistas la evocación de su Zapotlán requiera de una

misma flexibilidad formal, como si sólo mediante el empleo de una estructura maleable y caleidoscópica pudiera intentarse la evocación de aquel terruño. En el primer movimiento, por ejemplo, Rolón ofrece a su escucha un mosaico de fragmentos musicales que se suceden unos a otros sin reapariciones ni aparente narrativa o lógica formal. Intitulado *Campestre*, esta primera parte de la obra semeja una simple secuencia de imágenes sonoras que Rolón parece recordar en un sueño. Así, melodías como *la tonada del toro de once*, *el becerrero*, *me lleva al río* y algunas otras se escuchan intercaladas con materiales originales y con un trasfondo musical de innegable romanticismo aunque indeleblemente teñido de recursos técnicos que nos recuerdan a un Debussy apenas fallecido diez años antes o a un Ravel que, como Rolón, escribe sus propios cuentos por aquel entonces. Pero si en este movimiento la narrativa cede su lugar a la añoranza, todo lo contrario ocurrirá en el segundo. Ahí Rolón nos hace reconstruir un "gallo" en tiempo y forma. El caminar de los músicos de pueblo, evocado por un oboe/chirimía, inmediatamente nos transporta por calles empedradas y apenas iluminadas. Al llegar a la ventana crucial, Rolón se permite, al igual que Arreola en tantas partes de su novela, un guiño de singular humor y entonces el par de guitarras que su orquestación pide "afina" en plena obra, tal y como acontece de manera inexorable cuando el mentado instrumento popular acompaña las canciones y los gritos de tantas y tantas reuniones. Mas cumplido el extraño ritual acústico, el "gallo" empieza, la catarsis aflora y guitarras y orquesta entonan la que fuera la canción favorita de Rolón:

Entonces, cuando me querías
mi vida era loco frenesí
Mas hoy que ya me has olvidado
qué he de hacer sino llorar

Ingrata, por qué me abandonaste
No ves cuánto sufro yo por ti
Más vale que de una vez me mates
Para qué quiero la vida
sin la luz de tu mirar

"Es la vieja lágrima, la tonada de infortunio", como bien apunta López Velarde a propósito de las serenatas, su música y sus letras. Cualquiera la reconoce y quizá tras ese gesto pueda encontrarse parte de la explicación del por qué todos podemos ser de Zapotlán. Pero por si quedan algunos escuchas dudosos y escépticos, en el tercer movimiento Rolón "se arranca" con un mariachi cuidadosamente construido y que no deja a nadie sin echar un grito, aunque sea interno: aquí no hay el lugar común de la melodía evidente ni del trompetazo inventado por la XEW, sino la briosa enjundia del son cuyos acentos y configuraciones obsesionaban a Rolón.

La rítmica es de tal importancia en nuestros "mariachis" y "sones" —escribió en un artículo de 1929— que, no digamos un cambio en su parte esencial como a menudo pasa, sino cualquier omisión de sus "acentos a contratiempo" le hacen perder por completo sus características".³

Espléndidamente orquestada, dueña de una escritura desenfadada y de sabor popular, *Zapotlán* entraña por igual una música original, llena de las audacias armónicas y contrapuntísticas que distinguen a su autor y que, sin embargo, no se sienten, del mismo modo que los contrastes de color apenas se notan en nuestras calles pero que aislados serían impracticables en cualquier otro lugar.

• • •

—Digan lo que quieran, a mí me encanta la chirimía. Apenas la oigo, ya tengo el corazón lleno de feria, aunque no salgo de mi casa.

• • •

Cuando Rolón escribió *Zapotlán* le preocupaba la vinculación entre la música y lo mexicano. Para él, sin embargo, la simple transcripción de melodías populares a un entorno sinfónico le resultaba vicioso lo mismo que la alteración de los acentos rítmicos de la música popular. De manera simultá-

nea, Rolón quería dar voz a la provincia, esa entidad que lo había nutrido y que, sin embargo, no pasaba de ser un estereotipo conveniente. De ninguna manera fue casual que Rolón estuviera vinculado de manera estrecha con quienes habían fundado *Bandera de Provincias*, la singular revista cultural nacida en Guadalajara: Agustín Yáñez, Emmanuel Palacios, Alfonso Gutiérrez Hermosillo et al. En este sentido, es importante recordar cómo fue que estos hombres, por pluma de Gutiérrez Hermosillo, trazaron su propia definición de la provincia y de sus inquietudes:

Se persiste en hacer el silencio alrededor de las provincias. Y las provincias gritan. Para sí como los caracoles. Pero los caracoles son para adornar ciertas ventanas cursilonas. No podemos, ya, ser caracoles. Seremos únicamente el rumor. [...] Nuestro programa ya está: queremos abarcar las provincias de México. A todas, y agitarlas —oriflama, trofeo, bandera. Se pide poco: el verdadero interés estético, el buceo, la inquietud, el segundo plano, la simplicidad. Si esto no se entiende nos amolamos [...] Y entonces no podemos decir que los otros viven sin la curiosidad del ambiente en provincia, donde debería vivir lo esencial, lo verdadero. Médula. Corazón. Lejos del francés y del inglés. Cerca del humo.⁴

La provincia, vista así y reconstruida por un Arreola o por un Rolón, adquiere entonces una vigencia insospechada: así se explica que al escuchar *Zapotlán* como al leer *La feria*, cierto humo comienzan a respirarse...

...

Zapotlán, tierra extendida y redonda, limitada por el suave declive de los montes, que sube por laderas y barrancos a perderse donde empieza el apogeo de los pinos. Tierra donde hay una laguna soñada que se disipa en la aurora. Una laguna infantil como un recuerdo que aparece y se pierde, llevándose sus juncos y sus verdes riberas...

Así las cosas, la música y la literatura mexicanas se juntan y convergen sobre un punto de la geografía de occidente. El *Zapotlán* de Rolón dialoga con el de Arreola: ambos coinciden en su pluralidad, en el sincretismo de sus imágenes, en el sabor inconfundible de su sentir. Cada obra cuenta sus historias y entre ambas complementan y profundizan sus imágenes: de su lectura simultánea, de su audición compartida, surge una singular experiencia en la que lo sonoro y lo escrito se funde y se entremezcla, acrecentando con ello un gozo que, además, tiene todo que ver con nosotros mismos.

...

*Esto lo saben todos los que siembran año con año los campos de Zapotlán, pero para mí es un milagro.*¹

Coatepec, enero de 2001.

Nota para el melómano: Lamentablemente, *Zapotlán* sólo circula en un raro y único disco, *50 aniversario de música sinfónica en Jalisco*, Filarmonía de Jalisco, José Guadalupe Flores, director, Guadalajara, 1995 (obras de Rolón, Moncayo y Galindo) [sin núm. de serie].



1 Este y los pasajes subsecuentes en cursivas están tomados de *La feria*, en Juan José Arreola, Obras, antología y prólogo de Saúl Yurkievich, Fondo de Cultura Económica, 1995.

2 *Ibid.* p. 36 y sig.

3 Rolón, José, "La música autóctona mexicana y la técnica moderna", en *Bandera de Provincias*, núm 12, p. 2, Guadalajara, 1929, reimpr. facs. México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

4 Gutiérrez Hermosillo Alfonso, "Santo y seña", en *Bandera de Provincias*, t.I, núm. 1, Guadalajara, 1929.